

PABLO PALACIO, EL ILUMINADO

En vano buscaría el estudioso novelista semejante a Palacio, ya sea dentro de la literatura ecuatoriana, ya en la hispanoamericana. Raro, por raridad de su manera, por sus temas, más que por el carácter personal, siempre en actitud pugnaz con el ambiente, Palacio es un autor escasamente comprendido en su tiempo. Aún ahora cierta crítica se empeña en mostrarnos, por afán de nacionalismo, de provincialismo, a Palacio simplemente como un fenómeno, dando a esta definición un aire de mezquindad.

Sin embargo, es evidente que Pablo Palacio es único. Tal vez sus parientes más cercanos en Hispanoamérica sean un Macedonio Fernández, ironista desesperado, filósofo del disparate, o un Clemente Palma, anverso del padre, ameno cronista, ese Ricardo Palma, tan celebrado en detrimento de la fama de su hijo. Alguien ha dicho que tiene un extraño parecido con Arévalo Martínez, el guatemalteco, otro novelista empeñado en descifrar la realidad «posterior». Si hubiese nacido en nuestros días, no faltaría quien le endilgase parentesco con el desaprensivo autor de *Ferdydurke*. A mí se me antoja que Palacio no debe sino poco a otros autores, y que estos serían Poe —un Poe *distorsionado, visto desde un ángulo de terror-comicidad*— y un Lautréamont, si bien cabe la duda: ¿pudo leerlo en francés?

Pero vamos por partes. Aquí está Pablo Palacio. Nació en Loja, pequeña ciudad del Ecuador, «último rincón del mundo», como la define Benjamín Carrión, en el año de 1904. Esto hay que deducir del estudio que le dedicara Carrión en *Mapa de América* (Sociedad General Española de Librería, Madrid, 1930), pues se pregunta: «Y a todo esto, ¿qué edad creen que tiene Pablo Palacio? ¿Setenta y cinco años? ¿Ciento cincuenta?... Tiene veinticuatro años.» Curioso nuevamente: ningún crítico señala fecha cierta. Yo se lo pregunté un día

a Carmita, su mujer, pero también se me ha olvidado. Su muerte tiene fecha: 7 de enero de 1947. Esto es, su muerte definitiva, porque cuando ésta llega, Pablo había sufrido de locura durante siete años. «Estoy de loco, como se puede estar de teniente político, de diputado», apuntó un buen día como si ya sintiera las primeras zurras de la impertinente locura. Y viene mi problema: hablar de Pablo, a quien no sin ironía un poco ecuatoriana lo he llamado «iluminado», con seriedad es muy difícil. Es impropio, diría, porque lo propio de Palacio es la risa, una risa sofocada, que no estalla, se muerde la cola como la prodigiosa anfisbena. Y mi problema se agudiza cuando pienso que en mi país se suele decir que yo salí al mundo como la segunda parte de Pablo Palacio, y ustedes saben, nunca segundas partes... Conque, un poco de desenfado, porque si es trágica la vida de Palacio, también tiene una enorme porción de regocijo, de arbitrariedad, de insolencia.

La gente, los estudiosos, como no han comprendido jamás el sentido más puro de su obra, se han complacido en contar anécdotas sobre el caballero siempre enlutado. Lutado, se decía entonces. Denegro, sería su mejor apellido, comenta Francis Evening en una crónica acertada, apabullante, pues presenta a nuestro autor como otro caballero que sale al mundo para terminar con el «realismo» en boga, para luchar contra los bachilleres que defendían la razón y el indigenismo.

Palacio es aristócrata y, como corresponde, pobre. Que hubiese sido aristócrata y rico no se le perdonaría. Pobre, eso es, y flaco, largo, más largo que un pleito de aguas, con el cabello rojo, la cara salpicada de pecas. Un espanto en traje de calle. Mas lo verdaderamente aterrador es que discurre por las páginas de su obra absolutamente desnudo. ¡Ahí está la causa verdadera, por la cual se prohibió durante tanto tiempo su obra! No por motivos religiosos, ¡faltaba más!, sino por razones más encomiables, como las políticas, pues se exigía que un escritor socialista —y Palacio estaba entre los fundadores del partido— escribiera al menos sin «desprestigiar la realidad».

¡Mezcla increíble de predicador y de ironista! Para decir la verdad monda, nunca tuvo un sistema de creencias; el partido le traía sin cuidado y, en sus momentos de mayor lucidez, se acordaba de un buen Dios «barbudo y con un triangulito en la nuca», al que pedía con fervor no verse obligado a regresar a su nativa Loja, pues su ciudad, pequeña, recoleta («...diez días a lomo de mula, por inverosímiles senderuelos bordados de precipicios, separan este pueblo de las más próximas vías del mar o del ferrocarril. Peor que el centro de África», anota B. Carrión en la obra citada), le produce horror, teme

volver a la soledad, a la conversación ambigua, al tío... ¡como si el piadoso tío, a quien se le confiara para educarlo, estuviera a su espera para reconvenirlo de acuerdo a las máximas de la prudencia y de la madre Iglesia!

Pablo no dejó sino estas obras: *Un hombre muerto a puntapiés*, 1927; *Débora*, 1927, y *Vida del ahorcado*, 1932. Todo lo demás son cuentos, apuntes, «revelaciones» y notas, con títulos demoledores cual «Una mujer y luego pollo frito». ¿Bastan tres obras para declararse genial? He aquí una bonita pregunta; pero, lo que un día pareció imposible, lo que se le negara gratuitamente —¡algo debía dárselo con el carácter de gratuidad a él, a ese hombre al que tanto le costó seguir viviendo!—, hoy se le entrega generosamente. Carrión, es decir, los Carriones, Benjamín y Alejandro; Atanasio Viteri, Llerena, Pareja, Rojas, Alemán, todos acuerdan otorgarle la genialidad. A él ya no le importa nada. La fama, como suele suceder en los países hispano-americanos, llegó tarde. Bueno, un poco tarde, pues cuando estaba ya en medio de la caligine era ya famoso, se le celebraba, se le rendía un culto especial (dicen que, a veces, el pobre Loco despertaba, se recordaba —manera de decir más ecuatoriana, con dejo cervantino— de ese, su oscuro sueño, y sonreía cuando alguien le llamaba «maestro», «genio»); de modo que no me quejaré en demasía. De todas maneras, la comprensión de su arte no fue total.

A Alejandro Carrión, cabalmente, se le debe la edición de su obra completa (Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1964). Alejandro, prosista acabado, escribió un prólogo soberbio, que me amedrenta, porque dijo muchas cosas que nadie se había atrevido a cantar tan claro. Refirió las verdaderas anécdotas, pues siempre se inventan otras a los desaparecidos, y, bueno, habló del «iluminado».

¿Qué es eso de la iluminación? Puesto que me lo preguntan, vaya la respuesta: se nombra así al orate, al prófugo de la realidad.

A Pablo le venía el mote muy bien. Reitero: sus propias palabras avalan la justicia del apelativo, mas la iluminación fue terrible. La sintió a cada rato. «La locura me aguaita» —puse en boca de Pablo al presentarlo en una de mis piezas teatrales (*Balada para un imbécil*, estrenada en el Teatro Nacional Sucre, 1969), y aguaitar es un viejo verbo entremetido en el habla quiteña. Sí, acechaba la locura. Se la oía venir. Estaba dentro de las venas. Por tal motivo, porque sus obras se refieren constantemente a ese acoso, nadie le creía autor de veras, y a lo más fantasma, un iluminado que escribía cosas como para que la buena gente reventase de risa o de... indignación. «¿Por qué no toma en serio la vida, la realidad?»; tal se preguntaban atónitos los

didímeos del realismo social, sabiendo que Pablo se confesaba revolucionario. Y es que nadie se percata de un hecho irrefutable: Pablo hablaba de una revolución contra sí mismo. ¿Alienación, simplemente alienación, hoy que está de moda la palabreja? No, fe en sí mismo. Quería liberarse, tocar otro aire, ver otro mundo menos vulgar y estúpido.

Me pierdo en un mar de recuerdos. Sí, ya sé, debo hablar de sus comienzos. Bueno, Benjamín Carrión, así lo narra Alejandro, llevó a Loja la moda de los juegos florales. Se eligió a una reina. Se realizó el concurso. El premio de prosa, es decir el accésit, se lo llevó Pablo; el de verso un poeta, quien años más tarde debía servirle a nuestro poeta para hacer un capítulo espantable en *Vida del ahorcado*. Las costumbres de esos juegos, la exigencia provinciana, imponían a los premiados la obligación de prosternarse ante la reina. Pablo, a la hora de la entrega de su premio, avanzó al escenario. Se colocó, con esa cara tan extraña, acuchillada, delante de ella, pero no se inclinó para nada. Permaneció inmutable. Alguien, algún comedido, subió al sugesto para obligar al rebelde a rendir culto a la pretendida musa. Pablo, furibundo, abandonó la sala sin haber recibido el premio. «Yo no puedo recibir nada de manos de Altisidora», puse, para esa ocasión, en labios de Palacio la sentencia; y es que yo he creído que ese hombre extravagante por el un costado (no podía tener cuatro si era tan delgado) tenía horror de los premios, como se negaba a inclinarse ante nadie.

Sólo se inclinaría ante Carmen, su compañera, a quien nunca llamaría, desde luego, para no semejarse a sus amigos de provincia, «mi señora», porque en él únicamente la Locura —ya va con mayúscula— se enseñoreaba.

El error común en quienes tratan de desvelar el misterio de la obra y el misterio de la vida de Palacio está en que parten de la «realidad», esto es, quieren situarlo todo como si realmente hubiese sucedido y, no sé si logro explicarme, Palacio está más allá de la realidad, él la configura, su vida no puede ser medida con yardas o metros comunes, con reglas. El se libra de todo. Para entender sus novelas («puras» las llama con razón sobrada Benjamín Carrión, para mostrarlas al lado de la poesía pura) es preciso colocarse al «otro lado de la realidad». ¿Se puede explicar en forma realista un cuento asombroso de Frank Kafka, a quien, por supuesto, no alcanzó a leer Palacio? ¿O un relato de ese otro iluminado, Lovecraft?

Pablo vivía en su mundo, lo cual es lanzar una perogrullada; pero las perogrulladas le encantaban a Pablo, y por eso trató de decirlo

de esta laya. Era ridículamente común, por odio a la vulgaridad. Cuando ya no sabe cómo describir el sonido de un puntapié en la cara de un muerto, sólo alcanza a decir: «Fue tan atroz como otro puntapié en la cara de otro muerto.» ¡Ahí está la clave!

Y bien, después de que se negara a inclinarse ante la reina, Pablo logró salir de Loja, llegar a Quito (Ceca de los poetas de la época), donde estudiará para abogado. El, descenfrenado, único, se somete al rigor despiadado de las leyes y las costumbres. Yo creo que eso fue lo que le volvió loco. Atarse, nada menos. Loco de atar. Lo terrible es que llegó a ser un abogado sobresaliente. Mas, como quien comete un pecado, Palacio escribía en el entretiem po una novela malvada, según su propia confesión (cuando él murió, Carmita, su compañera, mujer de teatro, se la dio a un famoso comediante para que hiciera la versión teatral...; el comediante, en una de sus noches de borrachera, tan quiteñas y teatrales, perdió el original), cuyo título era *Ojeras de virgen*. Sólo han quedado unos capítulos sueltos, arrebatados a la ignominia. Estamos, ustedes y yo, en el año de 1932. Pablo era por ese entonces nada menos que subsecretario de no sé qué Ministerio (los escritores serios lo puntualizan, claro) y corría por las calles el aire del socialismo. Finalmente, los socialistas se resfriaron con tanto aire, se separaron del Gobierno, se fueron a sus casas. Únicamente Pablo continuó en su puesto. Impertérrito. Para esos días ya había publicado una, dos, hasta tres novelas y era famosísimo... entre los socialistas. Los otros le tenían miedo, pánico. Benjamín, líder del socialismo, había aceptado una embajada. Era el fin del partido y el fin de la amistad entre los dos grandes escritores. Jamás se reconciliaron. Muchos dicen que Pablo se disgustó porque el gran escritor se había humillado al recibir ese extraño don de un Gobierno que precisamente había dado fin al socialismo, pero la verdad, sospecho, era diferente: a Pablo, simplemente, no le agradaba la diplomacia, porque en ella hay que hacer reverencias y él jamás se inclinaría ante nadie, no estaba para zalemas ni besalamanos. Mudo, obstinado, pulcramente vestido de negro, salió para pasear su recién nacida locura por las calles de Quito, la ciudad a tres mil metros de altura. En este punto, conviene recordar que Pablo, cuando apenas contaba tres años, se despeñó; es decir, la sirvienta, lavandera, lo que fuese, estaba distraída y el niño cayó en un torrente. De eso, diz que le venía la locura. Yo tengo una teoría que sostengo orgullosamente: Pablo había salido de Loja, pueblo que le inspiraba horror patológico (seguramente el tío bonachón, pues fue huérfano; «casi nació de nadie», diría en mi obra teatral), pero la capital, Quito, a esa altura increíble,

con sus trescientos campanarios, sus doscientos mil habitantes, las montañas encima, la misma y la misma conversación, le estaba volviendo loco. Alejandro Carrión asevera que tenía garrafal horror a la locura. Pudiera ser, no soy nadie para negar la razón cuando se tratan cosas de locos. Para mí, que seriamente Quito afectaba a nuestro autor. ¿No fue él quien la llamó por vez primera «la ciudad maldita»? Todo el mundo se volvía loco, pero de veras. Juventino Arias, íntimo de Palacio, cayó en la locura. Era médico. Enfermó repentinamente y curó de la misma forma. Cuando recobró la razón, lo primero que hizo fue comprar una pistola y darse un tiro. Era médico, sabía que su mal no tenía remedio. Los curas habían casi desaparecido y comenzaban a cundir, como parco reemplazo, los psiquiatras. Estos no te dan la absolución.

Pablo, al enterarse de la suerte de su íntimo, calló duramente. Se quedó en silencio mucho tiempo. Algo se tramaba... «Es como si los intestinos estuvieran en sorda guerra contra mi cerebro», explica en mi referida pieza teatral, y en verdad, Pablo comenzó a quejarse de violentos malestares intestinales, se fue a la costa para curarse... y regresó lo mismo, aunque un poco tostado por el sol. Vuelve y renuncia a la Sociedad de Amigos de Montalvo. Estas son sus palabras: «Recuerdo que, en realidad, no soy amigo de ese señor.» ¡Pecado de lesa literatura! ¡Negar nada menos que a Montalvo, autor de no sé cuantos capítulos que se le olvidaron a Cervantes!... Y ahí, nueva razón para el enconado silencio en torno a Palacio: se había atrevido con un «intocable». Palacio, claro, se percató de la verdadera realidad, es decir, de que estaban usando a Montalvo. Y ahora se vuelve periodista, ataca a Carrera Andrade, a quien le llama —según refiere Alejandro Carrión, indiscutiblemente el que mejor ha escrito, con mayor fervorosidad sobre Pablo, mi mentor— «devorador de zanahorias» (pág. XVIII, prólogo a *Obras completas*). Una tarde, en el diario en el que colaboraba, confiesa que desea dejar la literatura por la filosofía (por eso mi empeño en compararlo con Macedonio Fernández). Nadie, en verdad, sabe sus planes. En todo caso, publica un cuento terrible, *Sierra*, en el cual se advierte el odio por la altura, la serranía, el paisaje hostil a tres mil metros de altura.

Le eligen secretario de la Constituyente. Dicen que se volvió malvado. Alejandro Carrión lo desmiente con abundancia. Es la verdad que Pablo ha entrado en las entrañas de su colosal locura. Sólo un ángel quedará a su lado: Carmen, nombre sagrado para la literatura ecuatoriana, y un amigo: Alejandro Carrión, fiel hasta mucho tiem-

po después, hasta ahora, tan fiel, que lo sigo, calco sus palabras, bien que a mi modo, pues yo elegí a Pablo como mentor.

Sí, comenzaba a perturbarse cuando lo conocí. Ibamos por la calle. Mi padre y yo. Mi padre quiso esquivar el encuentro. Fue inevitable. Se dieron fríamente la mano. Frases corteses, pues al fin y al cabo se respetaban. Recuerdo a Pablo impecablemente vestido de negro. Le anunció a mi padre que yo sería poeta y, ya en casa, mi padre dijo que tal agoro era cosa de locos. No quiso jamás admitirlo. Años más tarde, como quien escupe, alguien gritó en un periódico: «Miren ustedes, Pablo Palacio ha vuelto, está tan loco como él.»

Palacio, como decía, fue aristócrata, pero jamás tuvo relación alguna con su familia. Llevó inclusive el apellido de la madre, y cuando su padre le pidió que se colocara el verdadero apellido, Pablo, orgullosamente, se negó a hacerlo (la ley ecuatoriana no hace distinciones entre hijos ilegítimos ni legítimos; tienen idénticos derechos). Era un hombre sin pasado ni futuro realizable. Un despeñado. Sin embargo, no era agrio, no padecía de ese mal de los Andes, la acedía, que no es otra cosa que el reconcomio, el estarse rascando las costuras del alma, mientras la música, monótona y golpeante, acaba por hundir en la negación al apestado de tristeza. Pablo vivió con la sonrisa a flor, quizá compadecido de la inmensa estupidez humana. Un solo odio se le conoce: el sentido para quienes estaban en las primeras filas del Templo. Odiaba a los fariseos, los puritanos, esos seres que, avergonzados de Dios mismo, cubrieron con su hipocresía, tela la más burda, la humana sangrante y suplicada...

Se enamoró una vez. Ella se llama —vive todavía— Carmen Palacios. «Escultora y escultura», dijo de esa leal compañera De la Cuadra. Musa de carne y hueso de toda una generación, todo lo negó por amor a ese hombre. Y Pablo no quería casarse. Carrión piensa que era por su temor pánico a la locura que rastreaba su camino. A mí se me antoja que Palacio no quería celebrar una ceremonia del todo opuesta a su manera de sentir y de creer. Varias veces, en su obra, se escuchan atroces befas contra la institución. Pero, después de unas vacaciones, Pablo consintió. Se casaron y fueron felices. Tuvieron dos hijos. La casa en Quito, cuentan, era una lindura, y, de pronto, como un estruendo que no se escucha, la *Locura*. Contra ella lucharon los más reputados médicos. Carmita fue vendiendo todo cuanto tenía.

El final es asqueante. Casi todos sus amigos lo abandonaron. Al cabo, Carmita no tuvo más remedio que trasladarlo al manicomio de Guayaquil. Ella, constante, hasta su hora final, cuando semejaba emer-

ger inútilmente de un légamo —la locura succionaba sus pies—, la barba larga, roja, enmarañada, los ojos fijos, absolutamente sujetos por la eternidad.

Hoy se habla a trochemoche de su obra. Acaba de hacerse una nueva edición en Santiago de Chile. Se dice, como gran cosa, que estuvo influido por Fedin (Evening y Carrión lo han negado: «Se debe hablar más bien de afinidades»), y jamás lo leyó. Como apuntaba, Poe ríe tras de sus mejores páginas, que son imposibles de referir como una historia, pues carecen de «entonces», son narraciones interiores, prosa pura, demoníaca. Por eso lo han deslizado los críticos de empresa, comprometidos con sus prejuicios y creencias. Socialista, de acuerdo. Pablo jamás lo negó, pero jamás espíritu sojuzgado por el partido.

Entre todos sus cuentos esplende con brillo luzbelino *Luz lateral*. Es imposible sustraerse al horrendo encanto de esa narración; nos dejamos embair por un corruptor de nuestro buen comportamiento, pues, lo repito: el único odio en el alma del Iluminado es aquel que siente por los cobardes, los mercenarios de la moral.

La genialidad de Palacio está en haber descubierto el lado cómico de lo inaudito, de lo metafísico. De ahí que nada me asombre su desmedida y última pasión por la filosofía. Vio más allá. Orate, solitario, acurado en su vestir impertérrito, todavía lo veo como si avanzara por la calle, en Quito, a tres mil metros de altura, cuando todo parece increíble, casi asfixiándose, con una mano en el bolsillo y otra acariciando una nube. Alto, pálido, con el cabello rojizo, la barba descuidada; pastor de iniquidades, como para morir de risa, porque, para los seres comunes, nada hay más gracioso que un lunático.

FRANCISCO TOBAR GARCÍA

Embajada del Ecuador. Madrid (España)

OBRAS DE PABLO PALACIO

- Un hombre muerto a puntapiés*, enero, 1927. Universidad Central, Quito. *Obra completa*. Casa de la Cultura Ecuatoriana. 1964. Selección: Cájica, México, 1962.
- Débora*, octubre de 1927 (sin pie de imprenta, aunque impresa bellamente, con un *ex-libris* de Kanela). *Obra completa*. Editada por Agustín Cueva, Santiago, 1972.
- Vida de ahorcado*, noviembre de 1932. Talleres Nacionales. Cajica, selección, 1962. *Obra completa*.
- Otros relatos, aparecieron en muchos periódicos y revistas. En *Obra completa* se publican los que han podido encontrarse, pero se sabe de otros con los cuales se prepara una nueva edición.

BIBLIOGRAFIA

- BENJAMÍN CARRIÓN: *Mapa de América*. Sociedad General Española de Librería. Madrid, 1930. Consta en *Obra completa*.
- FRANCIS EVENING: *Vida del Apóstol Pablo Palacio*. Bogotá, 1960.
- ALEJANDRO CARRIÓN: Prólogo a *Obra completa*.
- FRANCISCO TOBAR GARCÍA: *Balada para un imbécil* (obra estrenada, aún sin publicarse).
— *Palacio. Ensayo*, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1961.
— *Pares o nones* (novela sobre Palacio y Miguel Hurtado, inédita. Palacio aparece como contrahechura de Hurtado).
- ANGEL F. ROJAS: *La novela ecuatoriana*. Fondo de Cultura Económica. México, 1948.
- HUGO ALEMÁN: *Presencia del pasado*. Casa de la Cultura Ecuatoriana. Quito, 1953.
- LUIS ALBERTO SÁNCHEZ: *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana*. Gredos, 2.^a ed., 1968.